

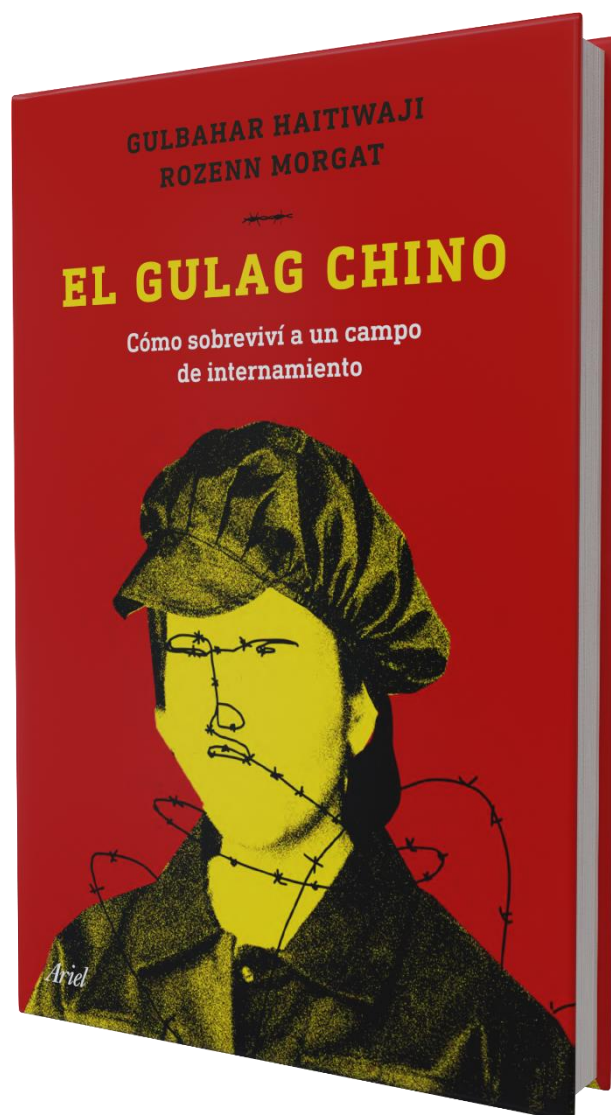
|
Ariel

**GULBAHAR HAITIWAJI
ROZENN MORGAT**

EL GULAG CHINO

**Cómo sobreviví a
un campo de
internamiento**

**Un testimonio estremecedor
sobre los campos de detención
chinos creados para someter a
una parte de la población.**



NUEVA FECHA DE SALIDA: 1 DE JUNIO

AUTORAS DISPONIBLES PARA ENTREVISTAS

***Material embargado hasta el 1 de junio**

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área de Ensayo)

M: 682 69 63 61 / E: lfabregat@planeta.es

SINOPSIS

Perteneciente a la etnia uigur afincada en la región de Xinjiang, al noroeste de China, Gulbahar Haitiwaji emigró a Francia en 2006. Diez años después, en un viaje a su país natal, su vida cambió por completo: la enviaron a un campo de trabajos forzados donde más de un millón de uigures han sido deportados por las autoridades con el pretexto de luchar contra el terrorismo.

Gulbahar es una superviviente de los llamados «campos de reeducación» chinos; su testimonio nos hace partícipes de las atrocidades de un sistema de represión y adoctrinamiento basado en la tortura, el trabajo esclavo, la esterilización forzada, la violencia policial... Es la desgarradora historia de una mujer que logró salvarse gracias al esfuerzo de su hija y el Ministerio de Asuntos Exteriores francés, y que decidió esquivar la censura para mostrarnos los crímenes cometidos contra el grupo social y étnico al que pertenece.

Una crónica vinculada a los centros de producción de reconocidas multinacionales, cuya mano de obra son los uigures recluidos en los campos de los que habla este libro.

LAS AUTORAS

Gulbahar Haitiwaji vive actualmente en Francia y pertenece a la minoría uigur de China, una comunidad principalmente musulmana de la provincia de Xinjiang. Llevaba 10 años viviendo en Francia cuando su vida cambió drásticamente en 2016, cuando regresó a China tras un engaño y fue encarcelada y enviada al campo de 'reeducación'.

Rozenn Morgat es periodista en *Le Figaro* y especialista en la etnia uigur, y se encargó de recoger el testimonio sensible de Gulbahar Haitiwaji.

EXTRACTOS DE LA OBRA

«Gulbahar sobrevivió a la deportación. Padece cientos de horas de interrogatorios, tortura, desnutrición, violencia policial y lavado de cerebro. Basándose en una foto de su hija en una manifestación de la diáspora uigur en París, China la condenó a siete años en un campo de reeducación en un juicio que duró nueve minutos y que tuvo lugar tras un año de detención, sin la menor presencia de un juez o un abogado. Estuvo sola en el banquillo de los acusados frente a tres policías. Después de mucho tiempo pensando que sería ejecutada, la invadió la certeza de que moriría en un gulag de Xinjiang. Nadie podría socorrerla: ni Francia, donde vivía exiliada desde hacía diez años; ni sus hijas, Gulhumar y Gulnigar, ni su marido, Kerim, los tres refugiados políticos en aquel país. Creyó que había caído para siempre en la trampa que China le había tendido. [...]»

«[...] Gulbahar nació en el seno de una familia uigur afincada desde hace generaciones en Xinjiang. Sus ancestros, al igual que ella, crecieron en esta tierra de desiertos y oasis rica en petróleo que, durante siglos, fue el escenario de graves altercados geopolíticos, de ahí que —salvo algunos breves episodios de independencia— la región haya conocido períodos prolongados de anexión a China. La llegada de los comunistas condujo a la integración de Xinjiang* en la República Popular de China en 1955 con el nombre de Región Autónoma de Xinjiang, que en mandarín significa “nueva frontera”. Desde entonces, este gigantesco territorio (que ocupa tres veces la superficie de Francia) sufre la colonización oficial de los hanes, etnia mayoritaria del país. [...] »

«[...] En 2009 las revueltas de Urumqi, en las que murieron cientos de hanes y uigures, llevaron a la región a una represión de una violencia feroz. Sus dirigentes la han pertrechado de un impresionante arsenal de vigilancia y control: innumerables cámaras de reconocimiento facial, dispositivos policiales en cada calle y, desde 2017, campos de reeducación. Durante el mismo período la región se convirtió en una de las zonas más vigiladas del mundo y una de las piezas claves de las “nuevas rutas de la seda» de Xi Jinping”.»

«Hoy, según estimaciones de Amnistía Internacional y Human Rights Watch, más de un millón de uigures son o han sido deportados a esos campos de reeducación. Sin embargo, China se obstina en designarlos “escuelas”, donde los profesores aspiran a “erradicar el terrorismo islamista” de las mentes uigures. Gulbahar nunca mostró el menor interés por la política de su país. Lo dice sin desprecio, pero con cierto orgullo: cuando se refiere a su religión habla de un islam de “paz”, de un islam moderado. Por consiguiente, a ella no se la puede considerar ni una independentista ni una “terrorista islamista”. [...]»

«[...] En este punto radican toda la hipocresía y la perversidad del sistema concentracionario chino, porque no busca castigar a la minoría extremista uigur, sino impulsar la desaparición

de todo el grupo étnico, incluso la de sus miembros exiliados en el extranjero como Gulbahar.»

«Una mañana del mes de noviembre de 2016 Gulbahar recibió una misteriosa llamada proveniente de Xinjiang. Un empleado de su antigua empresa le pedía que volviese. “Por meras formalidades administrativas”, “el típico papeleo de cara a su jubilación anticipada”, aclaró. Y Gulbahar no desconfió lo suficiente. Días más tarde aterrizó en Urumqi y así comenzó su calvario: las autoridades le confiscaron el pasaporte, la enviaron a un centro de detención preventiva y, luego, tras haber pasado meses en una celda sin ser juzgada, la deportaron a un campo.»

«En esos campos la reeducación sigue sistemáticamente un método para destruir a todas sus víctimas. Antes de nada, se despoja a cada persona de su singularidad. Se les quita el nombre, la ropa y el cabello, de modo que no haya nada que las distinga de las demás. Luego, el método consiste en apropiarse de sus cuerpos sometiéndolos a un ritmo infernal: durante once horas al día, en aulas sin ventanas, los profesores las obligan a repetir interminablemente la gloria del Partido Comunista. Si paran, se las castiga. Y entonces siguen con las repeticiones hasta que ya no sienten nada, hasta que ya no piensan en nada. De este modo se pierde la noción del tiempo. Primero la hora, luego los días.»

«[...] ¿Qué sintió cuando los guardias la encadenaron a la cama durante veinte días? «Nada», me responde con la inquietud de alguien que sopesa la extrañeza de su respuesta. Cuando la subieron a un camión aquella noche helada de diciembre, sin decirle adónde la llevaban, Gulbahar creyó que la fusilarían en medio de un descampado nevado. Y ese día, ¿qué sintió? Otra vez, nada. “En ese momento, por dentro, yo ya estaba muerta.” ¿Y cuando le anuncia su liberación? “Me quedé de espaldas al guardia, en mi catre.” »

«Pero uno no se recupera así, sin más, de la reeducación. Además de las secuelas físicas irremediables, Gulbahar es una mujer atormentada. Atormentada por la idea de que China, pese a haberla liberado tras ásperas negociaciones con el Ministerio de Asuntos Exteriores francés, conocido como el Quai d’Orsay, puede ir a tocar a la puerta de su madre, de sus hermanas y hermanos, y de sus amigos que aún viven en Xinjiang. Al denunciar, alto y claro, la propaganda del Partido Comunista Chino, la violencia de la policía puede cernirse como un rayo sobre sus allegados. Como a ella, los pueden interrogar, encarcelar, torturar y deportar. Como a ella, los pueden tildar de “criminales” y “terroristas”. Como ella, pueden hundirse en los campos, perder su dignidad y también los recuerdos felices, todos sus recuerdos; luego, con el transcurrir de los días, las ganas de vivir. No, no quería que eso sucediera. Cualquier cosa menos eso.»

«Antes de que Francia nos recibiera vivíamos en ese país de jauja del que hoy prácticamente no queda nada. Allí, desde hace décadas, nuestra comunidad sufre la represión inflexible de China. Nosotros, los uigures, somos perseguidos, encerrados, reeducados. Pero empezamos

por el principio: Xinjiang se encuentra a miles de kilómetros de Francia, en los confines de Asia central. Kerim y yo crecimos en ese paraíso, tres veces más grande que Francia, salpicado de montañas y oasis. Ese en-torno privilegiado se encuentra en el extremo oeste de China, cercado por ocho países: Mongolia, Rusia, Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Afganistán, Pakistán y la India. Posee cítricos, oro, diamantes y también otras riquezas subterráneas: gas, uranio y, sobre todo, petróleo. Lo llamo “nuestro país”, pero el posesivo no es del todo exacto. La tierra, car-comida al oeste por las repúblicas independientes, conoció apenas unos pocos episodios de libertad nacional que fue-ron interrumpidos por extensos períodos de anexión a China: primero bajo el Imperio y luego con la llegada en 1949 de los comunistas, quienes la bautizaron como Xinjiang, lo que en chino mandarín significa “nueva frontera”. [...]»

«[...]Desde entonces, nosotros, los uigures, somos la piedreci-lla en el zapato del Imperio del Medio. Xinjiang es un corre-dor estratégico demasiado rico para que China se arriesgue a perderlo. Invertió mucho dinero en las “nuevas rutas de la seda”, ese gran proyecto político-económico cuyo objetivo es unir China con Europa pasando por Asia central, proyecto en el que nuestra región es un eje crucial. Sin ella, la punta de lanza de la política del presidente Xi Jinping no podría concretarse.»

«[...] Kerim y para mí, las cosas habían empezado bien. Hubo un tiempo no muy lejano en que los problemas políticos de Xinjiang apenas si nos rozaban. Su murmullo nos alcanzaba, pero nosotros estábamos ocupados construyendo una vida feliz. Eran los años noventa. Xinjiang atraía a todos aquellos, chinos y extranjeros, que quisiesen hacer fortuna. Su capital, Urumqi, rebosaba de estudiantes en ingeniería recién graduados, de familias hanes emigradas del este, de trabajadores kazajos que habían ido a explotar unas pequeñas granjas en la región. En el centro brotaban torres de oficinas y centros comerciales que superaban las mezquitas. Las compañías de extracción petrolera contrataban a diestro y siniestro, tanto a uigures como a hanes. Por el Gran Bazar circulaba una población muy diversa.»

«Al salir de la universidad, la Compañía de petróleo local nos ofreció puestos de ingenieros allí. Era una oportunidad magnífica. En aquella época, Karamay fascinaba porque formaba parte de esas ciudades nuevas de Xinjiang donde no faltaba el trabajo. [...]»

«[...] Creo que Kerim siempre supo que en algún momento habría que marcharse de Xinjiang. La idea ya le rondaba la cabeza mucho antes de que nos contrataran en la Compañía, desde los años de Urumqi, cuando, recién graduados, ambos buscábamos trabajo. Estábamos en 1988. Mirábamos los anuncios clasificados en los diarios. En muchos de ellos leíamos una aclaración escrita en letra pequeña: “No se contratan uigures”. Él nunca dejó de pensar en eso. La ola de discriminaciones que comenzaba nos persiguió hasta Karamay. Se acercaba cada vez más, pero por aquel entonces todos preferíamos cerrar los ojos. Salvo

Kerim. Kerim no pasaba una. Cuando yo optaba por no detenerme en detalles extraños, él hacía de eso su obsesión.»

«En el año 2002 abandonó la región de Xinjiang para buscar trabajo en el extranjero. Primero en Kazajistán, de donde regresó un poco escéptico un año más tarde. Luego en Noruega. Y en Francia, donde pidió asilo. Se instaló allí y nosotras, las niñas y yo, debíamos reunirnos con él cuando hubiese obtenido el estatus de refugiado y encontrado un empleo. Nuestros amigos decían que estaba loco de empezar así, otra vez de cero. Sobre todo porque, al menos en apariencia, la vida aquí nos sonreía. Con los años Kerim y yo habíamos conseguido mejores salarios; vivíamos en el centro en un piso grande que nos había proporcionado la Compañía al nacer Gulhumar. Las niñas sacaban buenas notas en escuelas uigures. Conducíamos un buen coche. En resumen, ya pertenecíamos a cierta élite. Yo compartía la opinión de nuestros amigos. Además, no había salido nunca de mi propia provincia. La idea de aterrizar en algún lugar del vasto e infinito mundo me angustiaba. [...]»

«[...] Por amor, y quizá también por curiosidad, lo acompañé en diciembre de 1985 a las manifestaciones de Urumqi.* Exigíamos mayor igualdad social para las etnias minoritarias, el abandono de la política del hijo único y mayor autonomía por parte del Partido Comunista para administrar nuestra provincia. El movimiento, como el resto, fue liquidado de raíz, afortunadamente sin derramamiento de sangre. La policía se encargó de silenciar a los líderes, y nosotros, la masa, volvimos a las aulas de la universidad sin haber obtenido lo que pedíamos. Con todo, el fuego incandescente que albergaba Kerim en su interior nunca se apagó.»

«Por teléfono se presentó como un empleado de la Compañía de petróleo. “Servicio de contabilidad”, agregó. El timbre de su voz me resultó desconocido. No entendí inmediatamente el motivo de su llamada. Se refirió a la excedencia sin derecho a sueldo que solicité al irme a Francia en 2006. Su voz chisporroteaba, no se oía bien. “Tiene que venir a Karamay para firmar los documentos necesarios para tramitar su jubilación anticipada, señora Haitiwaji”, añadió. “En ese caso preferiría firmar unos poderes —le respondí—; en Karamay tengo una amiga que se ocupa de mis trámites. ¿Por qué debería ir solo para firmar unos documentos? ¿Por qué viajar por tan poca cosa? ¿Por qué ahora?” Si bien se empeñaba en que regresara, el hombre no fue capaz de contestar a mis preguntas. Dijo que me volvería a llamar al cabo de dos días, tras haberse informado acerca de los poderes. [...]»

«[...] en 2002, Kerim se fue. Sin él la vida se convirtió en un agotador ejercicio de equilibrio. Las semanas parecían túneles en los que ingresaba cabizbaja sin disponer de dos minutos para pensar. Hacía malabares entre el trabajo, las niñas, las comidas, las tareas domésticas y Kerim al teléfono, por quien me angustiaba muchísimo. Él recorría las calles de París a la espera de que sus trámites administrativos concluyesen. Dormía en albergues para extranjeros cuando había sitio, y donde podía cuando todos los centros de alojamiento

estaban completos, algo que sucedió muy a menudo aquel invierno. Pero él siempre repetía que terminaría obteniendo los papeles. Su petición de asilo había sido aceptada. Pronto las noches heladas pasadas en una línea del metro a la espera del amanecer, o en el vestíbulo del aeropuerto de Roissy, no serían más que viejos recuerdos, meras complicaciones del comienzo porque, como decía él para tranquilizarnos, estas peripecias un poco aterradoras siempre forman parte de este tipo de aventuras. Su perseverancia y coraje siempre me han fascinado. No hace mucho fueron recompensados de nuevo: Kerim encontró empleo como chófer profesional. Se declaró autónomo para trabajar en una compañía llamada Uber. Kerim, el exingeniero de Xinjiang, indocumentado al llegar a París sin un contacto o una dirección en su agenda, hoy lleva a pasajeros desconocidos por la noche. Su coche atraviesa la avenida iluminada de los Campos Elíseos, la misma avenida que descubrió y lo deslumbró a su llegada. Traquetea en los adoquines de la plaza de la Concordia y en las calles húmedas que rodean el centro comercial de Les Halles. Detrás del cristal empañado del parabrisas, sé que recuerda las dificultades de los primeros días.»

« Se me llena la mente de preguntas mientras arrastro la mirada por el plácido salón. ¿Por qué ese tipo quiere que vaya a Karamay? ¿Es un pretexto para interrogarme en una comisaría? No conozco a otros uigures en Francia a los que les haya sucedido esto. A mi alrededor, el piso de Boulogne se encuentra sumido en el letargo de la tarde. Solo está Kerim. Hundido en el sofá blanco, con un dedo adormecido va alternando las noticias en su teléfono. Tiene que regresar al trabajo. El sábado las peticiones llegan hasta bien entrada la noche. [...] El empleado de la Compañía de petróleo volvió a llamar dos días más tarde. “Señora Haitiwaji, no se puede resolver por poderes, debe viajar a Karamay.” No tuve el coraje de negarme. Después de todo, no son más que unos documentos. “Muy bien, iré en cuanto pueda”, le dije simplemente. Al colgar el teléfono un escalofrío me recorre el espinazo. La vuelta a Xinjiang me da un poco de miedo. Por más que Kerim trate de tranquilizarme desde hace dos días, de verdad que tengo un mal presentimiento. [...] »

«La puerta de la celda se acaba de cerrar detrás de mí. ¿Qué hora es? Seguro que tarde. He visto que fuera ya era de noche. Bajo la luz cegadora del neón hay cuerpos dormidos por todas partes. En la exigua celda dos centinelas sonámbulas están erguidas, con los ojos a medio abrir, enfrente del grupo de las durmientes, del que se escapa una única y mis- ma respiración regular. Llevan vestimenta de detenidas, pero no presto atención a este instante porque, mientras me peleo con las cadenas que los guardias me colocaron en los tobillos, una frase me rebota en la cabeza: “No hemos terminado, Gulbahar Haitiwaji, esto no ha hecho más que empezar”. Me vencieron por desgaste. Eran demasiados. Por más que grité y denuncié esa mentira, nada cambió: terminé firmando el maldito papel en el que reconozco haber participado en “disturbios en grupo”. Y ahora estoy perdida. [...] El frío y el olor son insoportables. Cuando los policías me condujeron aquí tuve tiempo de ver el cartel sobre el portal que se encuentra antes de los barracones: centro de detención preventiva de Karamay. Estoy en detención preventiva, antecámara de la cárcel. Aún no sé por qué motivo ni por cuánto tiempo. Nadie quiere responderme. Nadie me dice nada.»

«Pero he de retomar el relato desde el principio. Todo empezó en la Compañía, unos días después de mi llegada. Fue el 30 de noviembre. Aquella mañana había ido a firmar los famosos documentos para mi jubilación anticipada. Entre las cuatro paredes desconchadas de la oficina se encontraba el contable, un han con una vocecita ligeramente chillona, y su secretario, que estaba encorvado delante de la pantalla. En la entrada, Aynur, una amiga que me alojaba en Karamay, enrollaba con el índice los flecos de su chal en un gesto nervioso. [...] En la minúscula oficina verificaba cada documento del paquete con atención, buscando la posible trampa. Me quedaban dos hojas por firmar cuando entraron tres hombres. Eran altos, uigures e iban vestidos de civiles. Aynur los miró temblando. Su tez dorada se volvió bruscamente aceitunada. Policías. Pero Kerim me había prevenido, así es que no me preocupé. Me esperaba que llegaran, mientras en mi cabeza oía sus palabras tranquilizadoras: “Recuerda que llegas de Francia. En cuanto pises la pista de aterrizaje, sabrán que estás de regreso durante dos semanas. Es inevitable, irán a interrogarte. No te preocupes”.»

«[...]Fue entonces cuando uno de ellos puso la foto en mis narices. El corazón me dio un vuelco. Habría podido reconocer ese rostro entre miles. Esos hoyitos carnosos. Esa nariz finita perdida en el medio. Acerqué la imagen. Era Gulhumar, ¡Dios mío! Estaba posando en lo que parecía ser la plaza de Trocadero en París, tapada con su abrigo negro, el que le había regalado. En la foto sonríe con una bandera en miniatura del Turquestán Oriental en la mano. Al final había ido a una de esas manifestaciones organizadas por la Asociación de Uigures de Francia, la institución que representa a los exiliados para denunciar la represión china en Xinjiang.»

«[...]Las niñas fueron una o dos veces. Yo nunca. La política, como ya he dicho, no es lo mío. Al irme de Xinjiang mi desinterés se acentuó.

—La conoces, ¿verdad?

—Sí, es mi hija.

—Tu hija es una terrorista.

—No. No sé por qué acudió a esa manifestación.

Lo repetí en bucle: no sé. No sé qué estaba haciendo allí. Nada malo, se lo juro, mi hija no es una terrorista. Mi marido tampoco. No sé por qué...

Mis recuerdos se mezclan. El resto de la entrevista se vuelve borrosa. No hay más que esta foto, sus preguntas agresivas y mis respuestas vanas. No sé si fueron veinte minutos o cuatro horas. Al final de la entrevista, estoy molesta: “¿Ya está, ya terminamos? ¿Me puedo ir?”. Uno de ellos respondió con voz grave: “No hemos terminado, Gulbahar Haitiwaji, esto no ha hecho más que empezar”.»

«Las semanas pasaron. Los recordatorios llenos de preocupación de Gulhumar quedaban sin responder. Hasta que entendió que la primera amiga de Karamay, en lugar de ayudarla,

había puesto bruscamente fin a la relación bloqueándola en WeChat. De ella no obtendría nada. “Deja de contactar con nosotros, mi marido va a tener problemas”, le escribió más tarde la segunda. Gulhumar se topó abiertamente con el muro infranqueable del silencio. Luego fue el turno de Kerim. “No vas a encontrar nada sobre tu mujer. Aunque lo intentase, no podría acceder a su expediente”, le respondió con sobriedad el agente. Kerim no lo podía creer, y explotó por teléfono:

—¿Cómo puede ser? ¡Tiene que estar en algún lado! ¡No ha podido desaparecer! [...]»

«[...] ¿Qué pasó con el agente y las dos amigas de Gulhumar? ¿Los siguieron? ¿Los amenazaron? ¿Los interrogaron? ¿Los acusaron de colaborar? Kerim y Gulhumar nunca lo supieron. Pero algo era seguro: el agente tenía razón. Nada en Xinjiang sucede como en el resto de China. Hacer que alguien desaparezca es totalmente posible. Peor aún: es fácil.»

«El estribillo retumba en el ambiente. Como si una mano toqueteara la ruedita del volumen de una radio. Un poco más fuerte. Se oyen unos chillidos insoportables. No, gritos de niños. Cantan la gloria del Partido Comunista. El ritmo agresivo del canto patriótico me estremece mientras abro un ojo, con el cuerpo todavía entumecido por haber dormido mal y la fiebre de la noche pasada. La primera en una celda.»

«Entre las chicas reconozco a la joven morena, Ayschem. Fue ella quien me recibió en este lugar. Ayer por la noche, al final de ese día lleno de violencia e injusticia, su amabilidad me llegó directa al corazón. Mientras yo deambulaba vacilante sobre mis tobillos prisioneros, ella me mostró los lugares adormilados: el lavabo flojo de donde se escapa un hilillo de agua helada para “lavarse”, el balde de plástico para nuestras necesidades, la hilera de camas de hierro cubiertas con mantas finitas en las que nos apretujamos todas las noches. “¿Necesitas ayuda para asearte?”, me preguntó. [...]»

«Solo los interrogatorios, que se imponen según las leyes con una regularidad que ignoramos, nos permiten romper la monotonía absoluta de nuestra vida diaria. Son mi única esperanza. La garantía de que en algún lado, en una comisaría de Xinjiang, unos policías examinan mi expediente y evalúan las acusaciones que recaen sobre mis espaldas. La certeza también de que, en Francia, Kerim, Gulhumar y Gulnigar remueven cielo y tierra para saber dónde estoy. Cuantas más entrevistas realizadas, menor es la posibilidad de que se olviden de mí.»

«Es uigur, un espárrago de un metro setenta de tez clara y mejillas chupadas. No lleva uniforme. Su sonrisa podría parecerme simpática si no fuera mi verdugo desde hace dos meses y medio. Como de costumbre, les ordena a los guardias que me coloquen en la silla que está frente a él. Como de costumbre, los dos que me escoltan pasan inmediatamente al acto sin ningún tipo de miramiento. Fijan mis muñecas doloridas con dos pinzas atornilladas en cada apoyabrazos, luego abandonan la sala. Una pared coronada por un

bosque de barrotes nos separa. A su izquierda se ve una carpeta roja repleta de fotos y hojas sueltas selladas en la parte inferior: mi expediente.»

« —Y a él ¿lo conoces?

—No lo he visto nunca.

—¿Y a ella? ¿Y a él?

—Ya te he dicho que no los conozco.

Falso. A veces, en las fotos tomadas en las manifestaciones de las capitales europeas, aparece el semblante de un conocido o de un amigo. Pero sigo negando. Si dejo que Ablajan se meta en esta brecha, soy mujer muerta: le diré a su superior que me codeo con “terroristas”. [...]»

«[...] En el pequeño grupo una voz zanja el debate, alta y sentenciosa: “Si el expediente es malo, te castigan. Vas a la cárcel. Si es bueno, te envían a la escuela”. Quiero ir a la escuela. Dios mío, por lo que más quieras, haz que me envíen a la escuela.»



Ariel

Para ampliar información, contactar con:

Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área de Ensayo)

M: 682 69 63 61 / E: lfabregat@planeta.es